

Visitación IX¹

Carlos A. Díaz Barrios

Fulgor de plata... Fulgor de plata... Fulgor de plata... Trebejos de oro... Trebejos de oro... Trebejos de oro...

Antonio Barajas avanza por los luminosos salones de la Torre del Oro de Sevilla. Salones y salones desbordados en luminosos arroyos de metales. Cofres temblorosos llenos de salitre, donde la luz se derrama espesa contra las sombras.

Llegan desde el puerto las inmensas riquezas de las Indias. Llegan los jardines trémulos del espeso oro del Potosí... Las planicies de platería del legendario México...

Fulgor de plata, fulgor de plata, fulgor de plata... Trebejos de oro...

El seco contador de la Torre del Oro de Sevilla va repitiendo su vaporoso sonsonete, va sopesando y sopesando aquellas visitaciones exóticas...

Quetzales en el *rigoris mortis* del taxidermista, colibríes de felpa cortante, tucanes con anchos picos de un amarillo pegajoso, cacaúas blancas nevadas sobre nevada...

Fulgor de plata... Trebejos de oro...

Ni las aguas sedientas de los ignotos mares, ni el abismo siempre acechante en las puntas de las olas, ni los piratas árabes con sus túnicas de espumas, han podido frenar el delirio de esos esplendores.

Cada amanecer, Antonio Barajas se adentra en aquella vieja y silenciosa torre, cada amanecer cruza los charcos de las platerías, las lagunas de los petos, los lagos de los huapangos, las húmedas islas de las verdes esmeraldas de Colombia, los carbunclos cautivos de los desolados templos.

¹ Fragmento de la novela *Las costumbres de Dios*, de próxima publicación.

Fulgor de plata... Fulgor de plata...

La letanía es como un rezo descubierto, como una decisiva y alta plegaria, para luego detenerse ante las sacas de especies, ante los secos y picantes ajíes, ante las hojas anchas de un oscuro tabaco, ante los fulgurantes cetros de maíz que tiemblan como un templo, ante las tremolantes pomos del inundado fulgor del cacao... ante las flores como engarzadas chispas de una guirnalda oliente de insobornable vainilla, de las tenebrosas patatas con su dulce rostro de monstruos.

Fulgor de plata... Trebejos de oro... Fulgores de oro...

¡Qué suntuosidad despertada, qué enajenación del hallazgo! Para Antonio Barajas éste es el mundo.

Un mundo carcelario. Un mundo custodiado por una soldadesca que en el sopor del calor de una tarde de Sevilla, sueñan con robarse lo que custodian.

Fulgor de plata... Trebejos de oro...

Antonio Barajas vive como un nuevo rey Midas en el fondo de sus oros, con su sucia barba llena de ese polvillo que tienen las grandes joyas.

Antonio Barajas suda en las hermosas y estrelladas noches un sudor sublime de quitasoles morados... Nunca pensó volverse loco. La locura le llegó en sueños. Soñó que si salía a la calle, que si se iba a su casa, todas las riquezas se convertirían en moscas. Al despertar miró con odio las aparatosas moscas que junto a las aves embalsamadas tintineaban en oscuras manchas. Pensó en cazarlas, en quebrarles su vuelo con una liga. Luego se dio cuenta de que todo el secreto de su triunfo estaba en no salir nunca más. Mandó a que le trajeran una humilde mesa, un jergón con olor a henares, una barrica de buen tasajo y una fiambarrera llena de panes de bonete. Nada de lujos, se decía Antonio Barajas, nada de lujos, porque el lujo no es mío, aunque yo soy su ángel custodio. Un ángel desarbolado y viejo, un ángel sufriendo el más impertinente insomnio, el terrible vicio de no cerrar los ojos. Pero tuvo que soñar para tener un segundo sueño. Entonces soñó que él era un noble indio. Un indio traído a la fuerza para ser exhibido como un vibrante y lúcido trofeo. ¡El sueño fue tan real!

Se veía en la sentina de una nao. Se veía sintiendo el olor del tasajo descompuesto, con las barricas de vino llenas de ratas ahogadas. Se veía entre oscuras pajareras llenas de exóticos pájaros: Era una sentina llena de pajareras, llena de pájaros que se iban muriendo como lentas llamaradas, unos tras otros. Contempló la muerte suntuosa de los tucanes, la muerte de llorada tristeza de los quetzales enfermos de piojillo, que se mutilaban las polícromas e increíbles alas contra los húmedos barrotes. Luego contempló la silenciosa muerte de las vicuñas, y el escupitajo vengativo de las lóbregas llamas incaicas, que iban pereciendo de rodillas como si estuvieran rezando a las puertas de un templo.

Todo se iba muriendo... Colibríes que de noche eran fuegos y de día aguas, se iban muriendo como hojas secas de un árbol. Ocelotes con esas coronas de rojas espumas perecían en aquellas tinajas. Y entretanto, él encadenado, él olvidado y olvidando, sintiendo que la náusea y los vómitos no eran el fin pensado, sino uno de los tantos comienzos, de los tantos llantos...

¿Por qué yo no me muero? El indio Antonio Barajas se hacía esa pregunta, mientras miraba cómo aquella nueva barca de Noé era desertada, como si el Dios de los nuevos dioses fuera un animal solemne que devorara con dulzura. No sabía cuándo iba a llegar. Todas las mañanas veía bajar a cuatro marineros con cuatro fanales de una luz grasienta que recordaba a los visitantes del infierno. Cargaban las bestias malolientes y muertas, los pájaros que desbordaban en una carne que ya no vuela, y tiraban al mar todo aquello, para que los tiburones devoraran aquellos robados portentos, animales del cielo, animales del nuevo paraíso, para luego despertar Antonio Barajas y sentir que de una manera u otra había quedado hechizado, de una manera u otra había sido alcanzado por la maldición de los cholos. Una maldición entre los tapices de hermosas alpacas, entre las sandalias forradas en un suave algodón de reinos...

No luchó contra el hechizo ni contra la luna. No quiso defender lo que nunca iba a ser defendido. Sintió la lóbrega tristeza, la visión sin límite de los vencidos. Sintió en carne propia el asco y el espanto de las doncellas violadas en una noche de juerga. Sintió el miedo animal que florece cuando no volvemos a despertar. Todos aquellos fabulosos tesoros tenían una historia de sangre, una historia de una mutilación, de una desesperanza, que ahora Antonio Barajas había hecho suya.

Había sido tocado. Había sido herido por todo el nuevo sufrimiento del Nuevo Mundo, por toda la nueva locura de la usura. Antonio no gemía. Sediento y casi sonámbulo buscó una sogá para ahorcarse, pero a mitad de su búsqueda eligió otra muerte.

Una tarde se puso el imponente traje de los emperadores mexicanos, huachas de oro con borlas de plata, manto de fino algodón cocido con laminas insignias de oro rojo, corona de galopantes plumas que caían sobre su espalda como una cascada de flores, cetro de mando con un jaguar de cabeza tan fina que recordaba a un perro, borde de cuellería con perlas y pepitas silvestres... Antonio Barajas se había vestido y se contemplaba delante de los grandes espejos. Se había tiznado el cuerpo con el gran y rojo tanino de los americanos mangles...

Una semana después, el olor a muerte hizo a la soldadesca derribar las recias puertas de la Torre de Oro de la Real Sevilla. Avanzaron por los silenciosos corredores donde enjambres de moscas habían sido atraídas por la descomposición. Una luz mortecina y fosforescente los llevó ante la pequeña capilla, y delante de ellos yacía un angustiado Cristo desprendido de la cruz con los brazos rotos. Y como un macabro milagro, como si el demonio pudiera ser —y de seguro que tuvo que ser él—, clavado y tremolante, callado como todo indio, Antonio Barajas pendía de la Cruz con su solemne traje de emperador mexicano.